



EL OBJETO EN LA FOBIA Y EN LA PERVERSION

El objeto fóbico

El carácter propio del objeto en las fobias ha sido fuente de múltiples controversias: objeto fetiche para los unos, objeto oral por excelencia para otros, objeto acompañante u objeto aterrador, son algunos de los nombres y características que se le adjudicaron en psicoanálisis.

A partir de las categorías que se acaban de desarrollar, Lacan resuelve su misterio siguiendo fielmente las pistas que le brinda el caso Juanito de Freud, acerca de la fuente enigmática de su temor, el caballo. No se retomará aquí el examen del caso Juanito que realiza Lacan. A partir de sus conclusiones se examinará la construcción de un objeto fóbico en un paciente adulto neurótico, construcción que será comparada con la del objeto de una fobia infantil en un caso de homosexualidad masculina.

El misterio del objeto fóbico, tal como lo entrevió Freud, se resuelve en torno a la significación fálica. Lacan lo define del modo siguiente: "(...) el objeto fóbico en cuanto *significante para todo uso para suplir la falta del Otro (...)*".(1)

El objeto fóbico es pues en primer término un objeto sintomático, es decir, metafórico por excelencia. El kleinismo lo consideraba, por ejemplo, inseparable de la oralidad, olvidando la indicación de Freud, en el texto recién mencionado, acerca del carácter regresivo de la oralidad en las fobias, en las que ésta no es sino una máscara

regresiva, un disfraz del falicismo, de ese falo que organiza retroactivamente la significación del pecho y de las heces.

El objeto fóbico es un objeto sintomático. Considerado como tal no hace más que confirmar la tesis freudiana de *Inhibición, síntoma y angustia*, según la cual la significación de toda síntoma es fálica. Lacan señaló la solidaridad entre la estructura del síntoma y la de la metáfora, solidaridad que se resuelve si pensamos en su articulación con una metáfora fundamental, la paterna, que permite una estabilización y un punto de almohadillado entre significante y significado. De esta manera, al ser la metáfora paterna la resolución edípica y la operación misma de la castración, quedan a su vez anudados síntoma y castración.

Este lugar de objeto es el que establece la posibilidad, siempre presente para los kleinianos, de la perversión como pura defensa frente a la psicosis. El psicótico también se presenta con este carácter objetual, pero articulado de modo diferente. Nos remitimos al respecto al capítulo dedicado a la obra de W. Bion. Lacan, siempre en el Seminario IV, al iniciar su análisis del caso Juanito, señala la falta de falo en la madre como el hilo que nos permitirá ubicarnos en los laberintos de la relación del sujeto con el deseo del Otro. Esta falla indica al mismo tiempo el objeto del deseo y la vía de engaño que éste abre a nivel del ser del sujeto. Surge en ese punto en lo imaginario la boca abierta de una madre no saciada, insatisfecha, que busca algo para devorar. Figura devorante cuyo surgimiento imaginario como respuesta al enigma del deseo del Otro, que lo representa, constituye para Lacan una de las formas esenciales de presentación de la fobia. (2)

Este objeto, más allá de las significaciones que puedan asociársele, es fundamentalmente un significante. Significante que puede ser calificado como un significante "comodín" que, al igual que el "comodín" en ciertos juegos de barajas, suple la falta del Otro allí donde esto sea necesario. La producción de este significante se debe a la operación insuficiente del Nombre-del-Padre en la metáfora paterna, cuyo defecto suple, generando así una variante de la significación fálica metafórica.

Este objeto sintomático, no puede entonces confundirse con el objeto en juego en el fantasma, y los dos ejemplos que siguen permiten comparativamente delimitar con claridad su estructura y función.

Una fobia a los vampiros.

Un hombre joven, de alrededor de 25 años, quien se presenta en primera instancia como un neurótico obsesivo, presenta una fobia netamente estructurada, una fobia a los vampiros. Había realizado anteriormente varios años de psicoanálisis de orientación kleiniana, durante y después de los cuales su fobia había permanecido intacta.

Confesábala con turbación, dado que confesar, a determinada edad, que todas las noches se teme la aparición de un vampiro, no deja a nadie muy bien parado. El vampiro y el temor que a él se asociaba no dejaban de despertar cierto efecto "cómico", incluso ridículo, al ser relatado por un adulto. Esta presencia de la risa era correlativa, tal como lo señala Lacan, de la cercanía de la significación fálica. A su modo, la dimensión de la comedia se hacía aquí presente, cosa que nuestro paciente registraba con claridad. Reconocer entonces que todas las noches, al acostarse, temía que por la ventana entrase un vampiro y se arrojase sobre él, no le era cómodo ni halagador.

Desde las entrevistas preliminares sus referencias a esta fobia se realizaban en términos que evocaban las montañas y los inviernos fríos de Europa Central, paisaje en todo sentido ajeno a nuestro sujeto desde una perspectiva simbólica. "Tengo miedo, cierro los ojos y es todavía peor. Me parece que estoy en una gran mansión, llena de torres, perdida en los Cárpatos, hace mucho, mucho frío, la ventana se abre y un vampiro se arroja sobre mí." En el transcurso de este análisis, este mismo relato, con pequeñas variantes, hacía periódicamente su aparición. La presencia de dos significantes permitió recomponer, de modo poco común —al menos en mi experiencia— debido a su llamativa precisión, la génesis significativa de ese significante suplente que es el objeto fóbico.

Durante su análisis anterior las interpretaciones en torno a su oralidad habían ocupado gran parte de las sesiones. Su voracidad, su propio deseo vampírico o el de ser el objeto de un vampiro, habían sido explorados con resultados nulos. Su miedo continuaba tal cual.

Torres era el apellido de su madre y la palabra Cárpatos contenía el apellido de su abuela paterna. Nuestro paciente, tal como suele ser habitual en nuestra América del Sur, utiliza sus dos apellidos: primero el paterno y luego el materno. Su nombre de pila, como también es común, era el mismo que el de su padre y, por lo tanto, el único modo de diferencia significativa entre ambos nombres era precisamente el apellido segundo, el materno, de cada uno de ellos. El

relato de los vampiros, desde la primera vez que lo narró, remitía a esos dos apellidos: al de su propia madre y al de su abuela paterna, vale decir, a los únicos términos que permitían establecer una diferencia entre su padre y él mismo a nivel del nombre propio.

La abundancia de interpretaciones acerca de la oralidad en el análisis anterior parece confirmar la advertencia de Lacan: la interpretación de la significación alimenta el síntoma. En este caso la oralidad nada tenía que ver con el vampiro. El vampiro es un significante, pletórico de significaciones, al menos en nuestra actual cultura cinematográfica y televisiva, cuando no literaria, es un personaje obviamente "imaginario", pero en tanto tal es una creación significativa. Sin embargo, el vampiro no era el objeto en juego en el fantasma de este paciente. Diría que nada puedo aún afirmar acerca del fantasma fundamental y su objeto en este caso. Cabe esperar todavía el despliegue mismo de la experiencia analítica que nos lo designará.

El significante "torres" remitía con claridad al deseo materno, incluso al enigma que representaba para este sujeto la gran ambición de su madre, que ella por su parte había realizado; "Cárpatos" a su vez suplía al Nombre-del-Padre en su función. El vampiro aparecía como un significante que realizaba la suplencia del significante fálico y de su significación, ya que la significación fálica como tal aparecía sustituida regresivamente por una significación oral. El conde Drácula en su mansión abandonada de los Cárpatos ocultaba con sus sanguinolentas y siniestras hazañas el juego significativo que lo hacía existir.

La articulación llevada a cabo por Lacan es clara, el agujero que el deseo instala en el Otro tiene uno de sus representantes imaginarios claves en la boca abierta, en la figura de la devoración. Esta figura es un correlato imaginario de la estructura simbólica, correlato que la teoría kleiniana supone es la estructura misma, en la medida en que desconoce la determinación que el complejo de castración introduce. Confunde entonces la estructura simbólica con la dimensión imaginaria, perdiéndose de este modo los límites entre la significación fálica del síntoma y el objeto imaginario en juego en el fantasma, en tanto que objeto del deseo.

La economía evidente del camino que Lacan nos enseñó en la práctica analítica es en este caso muy llamativa. Pocos meses de trabajo bastaron para que el síntoma, que se había iniciado en la pubertad, desapareciese.

La producción de los significantes de la metáfora sintomática

permitió disolver a Drácula y, quizás, como dice la leyenda, ésta sea la secreta razón por la cual el conde desaparece cuando alguien lo enfrenta con un crucifijo o algún otro objeto que aluda al Nombre-del-Padre. El síntoma desapareció y, por el momento, no ha retornado ni ha reaparecido una nueva fobia amarrada a algún otro significante "comodín".

La resolución del síntoma sí configuró claramente el interrogante acerca de las "torres", vale decir, del deseo materno ante el cual el vampiro era ya una protección. Sin la presencia paradójicamente protectora del vampiro se abría para nuestro sujeto el abismo del deseo del Otro y el vértigo ante él experimentado.

El síntoma y ese objeto sintomático que era el vampiro se resolvió a nivel del significante mismo con el que estaba construido, literalmente se evaporó con la metáfora con lo sostenía.

Una fobia infantil

Se trata de una fobia infantil, recordada en análisis, al ratón. En este caso el "ratón" remite directamente a la ausencia y al abandono del que fue objeto el paciente por parte de un padre alcohólico crónico. El ratón es el significante mismo de su desaparición que suple al desfallecimiento del Nombre-del-Padre.

Si en el Hombre de las ratas los roedores remitían a lo anal, es bien sabido, empero, que el ratón, al igual que las ratas fueron interpretados corrientemente en psicoanálisis como modelos del objeto oral sádico.

Este segundo caso ha sido expuesto con detalle en otro lado (3), se remite por lo tanto a dicha descripción.

En este segundo sujeto, la oralidad aparece formando parte de su vida sexual, solidaria de un goce al que no está dispuesto a renunciar. Más allá de los lugares comunes acerca de la fijación anal de los homosexuales, creo que debe destacarse la importancia del goce oral como tal, pues éste es independiente, hecho claro para cualquier analista con cierta experiencia, como goce *a*-sexuado, de la elección de objeto homo o heterosexual.

Se observa en este caso cierta continuidad peculiar entre el significante fálico y el objeto del fantasma. Esta continuidad, más allá de la especificidad de este caso, creo que depende precisamente del carácter perverso de la estructura clínica en juego.

En ambos casos, el objeto fóbico se reduce en función de la metáfora que lo funda. En el segundo, además, indica tempranamente algo que hace a la necesidad de suplir al Nombre-del-Padre. La gran pregunta de este sujeto giraba en torno al goce del otro, goce que lo llevó a la muerte, goce del alcohol que fue articulado por él como vinculado con el objeto oral, objeto que devino el instrumento con el que podría servir al deseo del Otro como voluntad de goce, tal como lo formula Lacan en "Kant con Sade".(4)

Esta última posición inclina más al perverso hacia la frustración de goce que hacia la frustración de amor, más aún si se tiene presente que en la frustración de goce se esboza ya el objeto en su articulación con la satisfacción pulsional y que el fantasma en la perversión pone a Lacan en la pista del a diviendo al sujeto. Esta posibilidad de obviar los senderos de la demanda de amor explica las dificultades que la perversión como estructura presenta para la escuela kleiniana, por ejemplo.(5)

Si tal fuera el caso, obviamente el perverso, cuya posición subjetiva se sitúa en las antípodas de la posición subjetiva neurótica, sería inanalizable. Lacan explícitamente muestra que el perverso se coloca como objeto al servicio del goce del Otro y, como ya se dijo, dicha posición de instrumento del deseo es algo que al neurótico le resulta especialmente insoportable.

Así como el perverso no se detiene a pedir permiso, el neurótico, por su parte, lo pide todo el tiempo, ocultando de este modo tras la demanda del Otro a ese Otro en cuanto deseante. El neurótico sueña con ser reconocido como sujeto por el Otro, ser objeto —posición propia del sujeto en la perversión— le causa horror. Quizá una primera conclusión podría aventurarse a partir de esta diferencia, conclusión que sostendrá algunos de los interrogantes de los capítulos siguientes. Parecería que el reconocimiento como objeto del deseo es solidario de una teoría de la cura propuesta por los neuróticos.

De este modo, el perverso irrumpe en el marco del *setting* analítico como objeto y por eso los trabajos kleinianos enfatizan la contra-transferencia que producen, los definen —al igual que a los psicópatas en general— como aquellos individuos que producen efectos sobre el otro, que lo "manejan", manejo que califican, aun cuando desconocen la fórmula del discurso analítico de Lacan, como una inversión de la situación analítica. Más adelante se hará referencia a una serie de casos, que no caen ni dentro de la perversión ni dentro de las psicosis, sino de las neurosis, en que el sujeto puede presentarse identificado

con el objeto y que producen a menudo dificultades particulares en el transcurso o bien en el inicio mismo del análisis.

El acceso a lo simbólico que la frustración de amor instaura está presente y es inseparable del significante M, por lo tanto el perverso no está excluido de ella. Puede decirse, más bien, que la demanda de amor queda en general fuera de juego en lo tocante a la sexualidad misma. Allí donde el neurótico usa su fantasma como huida del acto, el perverso pasa al acto para conseguir, por una vía diferente, la del goce, la integridad de ese Otro como Otro del goce y no de la demanda. Por eso la sexualidad perversa puede ser considerada síntoma; ella también se ubica en el grafo en el lugar del síntoma $s(A)$, como mensaje que le llega desde el Otro sin barrar. De este modo puede considerársela en un sentido metafórico, en tanto produce una significación que podríamos resumir en un "existe el goce sexual", significación que sitúa bajo la égida del falo, y que le hace imaginarse dueño del secreto del deseo del Otro, gracias a la certeza que su posición de instrumento le brinda. La imbricación entre síntoma y fantasma llega en esta estructura a su punto máximo.

Retornemos a la época del Seminario IV, a fin de realizar algunas puntuaciones más acerca del objeto imaginario falo en sus vertientes metafórica y metonímica.

Lacan, al examinar el fetichismo, modelo de las perversiones en este punto, señala el carácter predominantemente metonímico de la perversión y, sobre todo, de su objeto. El falo surge en su otra vertiente. El fetiche es el falo ausente de la madre, es el ocultamiento real de su castración. El sujeto entonces es, retomando una cita ya mencionada, "(...) la metonimia de su deseo del falo [del deseo de la madre]".(6) Alternativamente se identificará con la madre o con su falo.

Comparemos pues estos dos objetos, el objeto metafórico de la fobia y el objeto metonímico que es el fetiche:

1. Ambos se definen como significaciones producidas ante una situación común: la angustia de castración. Son dos soluciones diferentes a un mismo problema, el enfrentamiento con la castración en el Otro, con su deseo.

2. Ambos se articulan con la significación fálica, apareciendo respectivamente como un (+) o un (-) de significación.

3. Este (+) y este (-) vinculados con la significación dan cuenta de algo que ya había llamado la atención de Freud. En la fobia, como

siempre que prima la metáfora, las significaciones invaden el mundo, éste se ve invadido por una plétora de movimientos significativos, primando entonces el animismo. Los objetos cobran vida, a ello se debe el privilegio de los medios de transporte o de cualquier cosa en movimiento. "Se me viene encima" es una expresión que escuchamos frecuentemente en las fobias.

4. Una última comparación. El carácter francamente significativo del objeto fóbico parece oponerse al carácter aparentemente "concreto" del fetiche. Efectivamente, ya en la magistral descripción de Freud (7), el fetiche surge como resto de una experiencia: la del descubrimiento de la castración femenina. Congelado en el tiempo, detalle desprendido de su contexto original, se trata de un objeto que encarna el objeto simbólico de la privación. Comparable al recuerdo encubridor, ese objeto "real" también es simbólico y su estatuto será precisado posteriormente en la obra de Lacan.

Como conclusión de esta comparación puede decirse que el concepto de objeto sufre de aquí en más un desarrollo en el cual el contrapunto con el falo es permanente. El objeto es todavía objeto del deseo y ese objeto simbólico que Lacan descubre en la insistencia de la cadena, en su metonimia misma, ese objeto que el $l(a)$ imaginario esboza, es en cuanto, tal, un señuelo de la estructura. Se deberá esperar todavía un tiempo para que la función de la causa como tal sea delimitada, más allá de los papeles respectivos del $l(a)$, del falo y del objeto del deseo, pero sin embargo en su articulación estructural con los mismos.

NOTAS

- (1) J. Lacan. "La dirección de la cura...". *Escritos II*, ob. cit., pág. 590.
- (2) J. Lacan. Seminario IV, ob. cit.
- (3) D. S. Rabinovich. *El yo en la teoría...*, ob. cit.
- (4) J. Lacan. "Kant con Sade", en *Escritos*, ob. cit.
- (5) D. Liberman y otros. *María y psicopatía*, Paidós, Bs. As., 1967. En esta recopilación muchos artículos ilustran esta tesis.
- (6) J. Lacan. Seminario IV, ob. cit.
- (7) S. Freud. "Fetichismo", *Obras Completas*, ob. cit., Tomo XXI.

EL OBJETO DEL DESEO Y EL OBJETO DE LA DEMANDA

Tal como se acaba de ver, objeto metafórico y objeto metonímico son las dimensiones en las que se inscribe el falo como objeto del deseo. Sus efectos se leen paradigmáticamente en el objeto fóbico y en el fetiche.

El primero se presenta como pasible de ser absolutamente reabsorbido en el significante y, al igual que todo síntoma, puede situarse en la línea $s(A) \leftrightarrow (A)$ del grafo del deseo. El segundo se presenta como más cercano al objeto del deseo como tal, al funcionar como el sostén mismo del deseo sexual, y se resiste a ser absorbido totalmente en el Otro del significante. Remite al segundo piso del grafo y a ese significante que el sujeto recibe como mensaje del Otro: $S(\bar{A})$. El primero entonces es puro significante, el segundo es algo diferente, ubicado por Lacan entre lo simbólico, lo imaginario y lo real.

Estas dos formas del objeto se relacionan respectivamente con la demanda y con el deseo. Aun cuando ambas se articulen en torno a la significación fálica, siendo el falo en esta época el objeto del deseo por excelencia, su presencia no agota empero la lista de los objetos deseables. Dos objetos más, relacionados con la serie de la pulsión parcial, compiten con el falo de manera predominante: el pecho y las heces.

Siguiendo la tesis freudiana de *Inhibición, síntoma y angustia*, estos dos objetos pregenitales y su acompañamiento sádico y masoquista, dependen estructuralmente de la castración, la cual los ressignifica y, por esta razón, la significación de todo síntoma es fálica.